

DOSCIENTOS AÑOS MÁS.

No podía creerlo. Estupefacta, oía sin escuchar el temido diagnóstico, como en una nebulosa, flotando, sin rumbo.

Cuando volví a la realidad me derrumbé. Instintivamente pensé en mis hijos, pequeños, inseguros, indefensos, sin madre... Comencé a llorar. Me disculpé ante el médico, que, incómodo, trataba de consolarme sin conseguirlo.

La madrugada me encontró aún despierta. Harta de dar vueltas en la cama, me levanté a preparar un café que, al menos, me espabilase. La ciudad me asfixiaba. Llamé a mi madre, que seguía viviendo en Quereño, cerca de sus viñedos de palomino, y preparé el viaje.

Mi madre. ¿Qué haría yo sin mi madre? Tras morir mi padre, no hubo forma de que viniese a vivir conmigo a la ciudad. Decía que entre uvas se sentía viva, porque nacía, crecía y moría cada año, con la vendimia. Yo temía que en cualquier momento me llamasen para contarme alguna desgracia, porque ya estaba mayor, pero era tan mayor como terca. Más lista que el hambre, como muchas mujeres de su generación, ya había adivinado que algo grave pasaba, y, cuando abrió la puerta, me dio un abrazo y dijo, con fuerza, en alto, como para que no pudiera rebatirle, que ella estaba allí para algo, que estaba conmigo, y que juntas éramos un ejército invencible.

Le conté, lloramos, reímos con una copa de vino en la mano, y programamos el futuro hasta que tuviésemos doscientos años. Elegimos el traje de novia de mi hija, que tenía siete años, pensamos el color de las paredes de la casa cuando acabasen las obras que ni siquiera habían comenzado, y recordamos a mi padre, que luchó por sus tierras de viñedo como un jabato cuando pretendían expropiarlas para construir la carretera nueva. Entendía perfectamente a mi madre. Irse era abandonar sus sueños, los que tanto había costado conseguir, abandonar a mi padre, que oteaba el valle desde su tumba. ¡Qué orgullosa estaba de ella! Cuando volví a Madrid, me sentía un quijote frente al mundo, henchida y valerosa, dispuesta a la batalla.

Hoy puedo decir que gané, y que perdí. Empecé a visitar a mi madre mucho más a menudo. Comencé a implicarme en los viñedos y en la bodega, poco a poco. Cuando finalmente estuve curada, dejé mi trabajo, ajena a las miradas de incredulidad de mis compañeros, y nos fuimos a casa, a nuestra casa. Mi madre murió un par de años después. Cuando acabaron las obras, pinté las paredes del color que habíamos elegido. Ahora puedo decir que mis hijos han crecido felices, y que yo lo soy. Al atardecer, mirando los viñedos anaranjarse bajo el sol, recuerdo a mi madre, con su copa de vino, y brindo por ella.

